

ARENAL, CONCEPCIÓN (1820 - 1893)

*FÁBULAS EN VERSO*

*Índice*

Fábulas en verso

I

El sobrio y el glotón

II

El río y el arroyo

III

El oso y el lobo

IV

El león enfermo

V

La pera verde y podrida

VI

La verdad en la feria

VII

El perro y el gato

VIII

Los dos caballos

IX

El espejo y la verdad

X

El testamento del león

XI

El aturdido

XII

El mastín y el gallo

XIII

Los gemelos

XIV

El oso y el reló

XV

El jugador grave

XVI

Los cumplimientos

XVII

Quién a quién

XVIII

Las dos perras

XIX

Los monos arquitectos

XX

El gorrión y la hormiga

XXI

El daguerotipo y la pintura

XXII

El temple

XXIII

El murciélago y el ruiseñor

XXIV

Los monos fabricantes

XXV

El antejo

XXVI

Los sentidos

XXVII

El chaparrón de las truchas

XXVIII

El hierro y el topacio

XXIX

El cordero con garras de león

XXX

El vaso roto

XXXI

La torre cuadrada

XXXII

El lobo murmurador

XXXIII

El pajarero

XXXIV

El vidrio y el brillante

XXXV

El jugador afortunado

XXXVI

Los hijos de lucía

XXXVII

La fuente

XXXVIII

Retratista

XXXIX

El perro hambriento y el harto

XL

Los naufragos

XLI

Los dos perros

XLII

La rosa y la espina

XLIII

La parcialidad

XLIV

El oso acusado por el buey y defendido por el lobo

XLV

El artista y el artesano

XLVI

Las dos raposas

XLVII

El cálculo

XLVIII

El párroco y sus feligreses

XLIX

La corza y la raposa

L

Los dos herradores

I

*El sobrio y el glotón*

Había en un lugarón  
Dos hombres de mucha edad,  
Uno de gran sobriedad  
Y el otro gran comilón.

La mejor salud del mundo  
Gozaba siempre el primero.  
Estando de Enero a Enero  
Débil y enteco el segundo.

«¿Por qué el tragón dijo un día  
Comiendo yo mucho más  
Tú mucho más gordo estás?  
No lo comprendo a fe mía.»

«Esle replicó el frugal  
Y muy presente lo ten,  
Porque yo digiero bien,  
Porque tú digieres mal.»

Haga de ésto aplicación  
El pedante presumido  
Si porque mucho ha leído  
Cree tener instrucción,

Y siempre que a juzgar fuere  
La regla para sí tome:  
No nutre lo que se come  
Sino lo que se digiere.

## II

### *El río y el arroyo*

Naciendo uno de ella al par  
El otro en remoto suelo,  
Un río y un arroyuelo  
Llegaban juntos al mar.

En ancho cauce y profundo  
Turbio corría el primero;  
Estrecho, claro y somero  
Deslizábase el segundo.

Huyendo la muchedumbre  
Y de un niño en compañía,  
Un hombre a dar acudía  
Su paseo de costumbre.

Este rato de solaz  
Aprovechóle en correr,  
Hizo gana de beber  
Y beber quiso el rapaz.

Díjole el padre: «No ves  
Que estás en sudor bañado?  
Reposa un tanto a mi lado  
Para que bebas después».

El muchacho obedeció,  
Que era de condición buena,  
Y sentándose en la arena  
A refrescarse esperó.

Como está impaciente, muda  
Una y otra vez de asiento,  
Mas parándose un momento,  
Formal expone una duda:

«Porqué será, padre mío,  
Esto que siempre reparo?:  
¿Cómo está el arroyo claro  
Y no lo está nunca el río?.»

«Hijo, allí cerca del mar  
Nace puro el arroyuelo,  
Y nada encuentra en el suelo  
Con que se pueda enturbiar;

Si hallare casualmente  
Tierra que enturbiarle deba,  
Nunca a los mares la lleva  
Su escasa y débil corriente.

Viene de lejanas tierras  
Este río caudaloso  
Y por terreno fangoso  
Y por montes y por sierras.

Y pasa por las ciudades  
Cuya inmundicia, hijo mío,  
Enturbia el agua del río  
Como el alma sus maldades.

Y más la orilla dilata  
Y cada vez más potente,  
Su irresistible corriente  
Todo al pasar lo arrebatata.

Enturbiado éste y profundo,  
Claro y no profundo aquél,  
Nos presenta un cuadro fiel  
De lo que pasa en el mundo:

El que apacible y serena

Busca sencilla la vida,  
¿Habrá cosa que le impida  
Hallarla dichosa y buena?

Mas sintiendo la inquietud  
De alguna grande pasión  
Peligra en el corazón  
La ventura y la virtud.

No olvides nunca, hijo mío,  
Que es difícil, te lo juro,  
Ser como el arroyo puro  
Y ser grande como el río.»

### III

#### *El oso y el lobo*

En la cristalina fuente  
Que tan pura el agua lleva  
En su rápida corriente,  
Y se llama río Deva  
Cuando llega al mar potente.

Y de Julio caluroso  
Como a las doce del día,  
Llegó a beber presuroso  
De un lobo en la compañía  
Grande y corpulento un oso.

El aura suave y pura,  
la pradera florida,  
la fuente que murmura,  
Todo a descansar convida  
Y paz ofrece y ventura.

Sentáronse a descansar  
El lobo y el oso juntos  
No viendo a nadie llegar,  
Y después de otros asuntos  
Pónense de éste a tratar:

«Ya me acerco a la vejez,  
Dijo el lobo y por más traza  
Que en ello pongo, ¡pardiez!,

Cada día hay menos caza  
Y más hambre cada vez.

Pasan del Abril las flores,  
Pasan las nieves de Enero  
Sin que en estos alrededores  
Logre atrapar un cordero  
A los malditos pastores.»

«Te está muy bien empleado,  
Respondióle grave el oso,  
¿Por qué, del hambre acosado,  
no has de tragar, melindroso,  
De yerba un solo bocado?

¿Por qué no comes manzanas  
Ni peras, ni moscatel,  
Que de nombrarle entro en ganas,  
Ni maíz, ni rica miel,  
ni cerezas, ni avellanas?

¿Tiene de razón asomo  
Tu carnicera manía?  
Come de todo, cual como,  
Que si no, por vida mía,  
Flaco has de tener el lomo.

Si acaso de hambre te mueres  
De mi cariño leal  
Ni el menor auxilio esperes;  
No es lo que te pasa un mal  
Sino porque tú lo quieres».

Mas el lobo replicó:  
«Si comer frutas no puedo.»  
«Pues qué, ¿no las como yo?  
No auxiliaré, no haya miedo,  
al que la razón no oyó.»

Así hallamos en la vida  
Moralistas como el oso  
Que intentan, cosa es sabida,  
Con aire majestuoso  
Cortarnos a su medida.

Poco es que la humanidad

Contra sus dogmas arguya;  
No hay otra felicidad  
Ni otra razón que la suya,  
Ni tampoco otra verdad.

Si de un pecho dolorido  
No comprenden la amargura  
Exclaman: ¡dolor fingido!  
Y es necesidad o locura  
La pasión que no han sentido.

Por no sé qué facultad  
Del mundo se juzgan dueños,  
Y su grave necesidad  
creced, dice a los pequeños,  
y a los grandes, acortad.

Años hace que le oí  
Decir como regla a un viejo  
Y la guardé para mí,  
Que el sabio al dar un consejo  
Se acuerda poco de sí.

#### IV

##### *El león enfermo*

Enfermo y gravemente  
De los bosques hallóse el soberano  
LEON, como decimos vulgarmente.  
Su estómago, hasta allí cual pocos sano,  
Ni el más leve sustento digería  
Sin dolor infinito,  
Aunque su majestad sólo comía  
Lechón, tierno cordero, algún cabrito.  
Si era efecto del tiempo esta dolencia,  
Si de grave pesar, de incontinencia  
O del rudo trabajo y los desvelos  
Con que, grato a los dioses, se afanaba  
El cetro a sostener de sus abuelos  
Para el público bien y por su gloria,  
Es un punto dudoso de la historia.  
Mas lo que está probado  
De un modo positivo y concluyente  
Es que, al verse doliente,

Tuvo su majestad la extraña idea  
De reunir al punto una asamblea  
Y en ella discutir de cuál sustento  
A su estómago débil convendría,  
Y de cuál se abstendría  
Por nocivo e indigesto.  
La turba cortesana, por supuesto,  
Al escuchar del rey el pensamiento  
Le pareció muy bien, según costumbre.  
Envíanse correos  
Que veloces recorran los estados  
Para que diputados  
Envíe cada especie al gran congreso.  
Reunida por fin la muchedumbre  
Jura dar en conciencia  
Su humilde parecer, de cuyo peso  
Será juez el monarca; y él primero  
Expone con voz débil su dolencia.  
Hablar le toca, y habla un carnicero  
Diciendo que el enfermo se alimente  
Con abundante carne ensangrentada.  
Levántase otro que de aquel disiente,  
Pues aunque sea cierto  
Que es la carne alimento grato y sano,  
Más saludable fuera al soberano  
De animal que ya días lleve muerto.  
Un herbívoro en turno estaba luego,  
El cual, con voz sonora y mucho fuego,  
Dijo que el rey en breve moriría  
Si obstinado seguía  
Cubriendo de cadáveres su mesa.  
«La verde yerba, la sabrosa fruta,  
El rubio grano y el panal dorado,  
Que la vista recrea y embelesa,  
Decía el oso le darán la vida.»  
Fue su idea aplaudida  
Pero trabóse en breve una disputa  
Entre los pitagóricos señores.  
El maíz, la cebada y el centeno,  
La uva, la castaña, la bellota,  
El regaliz, el heno  
Y cuantos vegetales  
Alimenta la tierra en su ancho seno,  
Tuvieron, entre aquellos animales,  
Fieles, si no ilustrados defensores.  
Y cada cual al rey le recetaba

El alimento mismo que él usaba.  
Después de mucho tiempo y gran ruido,  
El punto dio su majestad leonesa  
Por suficientemente discutido:  
Le puso a votación y con gran priesa  
En lugar de pesar, los votos cuenta.  
La Prudencia (aunque extraña cosa sea  
Verla en una asamblea)  
Estaba allí (de paso, por supuesto),  
Que en tales reuniones no se sienta.  
E imponiendo silencio con un gesto:  
«Rey infeliz, le dijo eres perdido  
Si en recibir consejo así consientes  
De seres que de ti son diferentes;  
Y una vez que consejo hayas pedido  
Tienes tan poco seso  
Que el número calculas y no el peso.»  
El monarca la oyó sin hacer caso  
Y, viendo que de aquellos animales  
El número menor por carne estaba,  
Resolvióse a vivir de vegetales.  
Pero el nuevo alimento  
De tal modo al monarca repugnaba  
Que muy poco tragaba  
Y eso con asco mucho y gran tormento.  
A poco que este plan hubo entablado  
Murió de inanición el desdichado.  
Cuando muchos votos son  
Como eran en esta historia,  
No cuentes con la memoria  
Pésalos con la razón;  
Ni busques jamás consejo  
En hombre que no es tu igual,  
Aconsejaráte mal  
Aunque bueno, sabio y viejo,  
Cada cual juzga por sí;  
Diráte la verdad fiel,  
Pero ¿qué verdad? La de él,  
Que no es verdad para ti.

V

*La pera verde y podrida*

Iba un día con su abuelo

Paseando un colegial,  
Y debajo de un peral  
Halló una pera en el suelo.  
Mírala, cógela, muerde,  
Mas presto arroja el bocado  
Que muy podrido de un lado  
Estaba, y del otro verde.  
«Abuelo, ¿cómo será  
Decía el chico escupiendo  
Que esta pera que estoy viendo  
Podrida aunque verde está?.»  
El anciano con dulzura  
Dijo: «Vínole ese mal  
Por caerse del peral  
Sin que estuviera madura.»  
Lo propio sucede al necio  
Que estando en la adolescencia  
Desatiende la prudencia  
De sus padres con desprecio.  
Al que en sí propio confía  
Como en recurso fecundo  
E ignorando lo que es inundo  
Engólfase en él sin guía.  
Quien así intenta negar  
La veneración debida  
En el campo de la vida  
Se pudre sin madurar.

## VI

### *La verdad en la feria*

Polvos de no envejecer  
Pregonaba en una feria  
Un hombre de mejor traza  
Que tienen por común regla  
Los que a explotar se dedican  
La credulidad ajena.  
Unos por ver cómo miente,  
Otros por ver qué revela,  
Los más sin saber por qué,  
En gran número le cercan.  
El repite su pregón  
Diciendo que la experiencia  
Excepción no ha presentado

Ninguna, grande o pequeña,  
Que la admirable eficacia  
De aquellos polvos desmienta.  
Crece la curiosidad,  
Crece la bulla y la gresca,  
Unos empujan y ríen  
En tanto que otros reniegan;  
En fin, otros impacientes  
Sacan algunas monedas  
Y al punto en cambio reciben  
De los polvos la receta.  
Desdobláronla curiosos  
E impacientes de leerla.  
Decía así: «Corporal  
La gallardía y la fuerza,  
Los atractivos y encantos  
De eso que llaman belleza  
Gócese mientras se tiene,  
Mas siempre en poco se tenga,  
Que en breve el tiempo la arrastra  
Como el viento una hoja seca.  
Mas la hermosura del alma  
El tiempo no se la lleva.  
Quien aprende lo que es útil  
Y lo que sabe aprovecha,  
Quien conforme a su aptitud  
Cultiva el arte o la ciencia,  
Quien de las malas pasiones  
El perverso instinto enfrena,  
La felicidad buscando  
Donde estar puede, en las buenas,  
Sus atractivos hará  
Que estén del tiempo a la prueba,  
Y aquí de no envejecer  
El gran secreto se encierra.»  
La gente que se esperaba  
Hallar cosas estupendas  
Grita del chasco corrida:  
«¡Pues trae noticias frescas!  
¿Y por esto el gran bribón  
Nuestro dinero nos lleva?»  
Enarbolan los garrotes,  
Amenázanle con piedras,  
El hombre ya intimidado  
Les devuelve las monedas  
Y huyendo la silba y grita

Vase a la casa más cerca.  
Era el amo hombre discreto  
De buen juicio y alma recta,  
Y acogiéndole benigno  
Le dijo de esta manera:  
«¡Pero hombre de mis pecados!  
¿Habéis tenido la idea  
De dar al pueblo razones  
Cuando prodigios desea  
Y creído que a pagarlas  
Iba en corriente moneda?  
Dijérais que vuestros polvos  
Se hacían con unas yerbas  
Que crecen en las orillas  
De un río que corre en Persia,  
Mezclando el asta de un ciervo  
Que viene de Filadelfia,  
El pico de un avestruz,  
El diente de una culebra,  
Y una lava portentosa  
Que de Islandia se acarrea,  
Cogida con grave riesgo  
De los cráteres del Yecla.  
Con estos y otros dislates  
Quedara muy satisfecha  
La gente, buscara luego  
El pico, el diente, las yerbas  
Y el mineral, por boticas,  
Por droguerías y tiendas,  
Y vos quedarais pagado  
Dejándola así contenta.»  
«¿Y después?. «Se iban a casa».  
«¿Y yo?». «Ibais a otra feria».  
«¿Que debe mentirse al vulgo  
Sacáis en consecuencia?»  
«No lo digo hablando en serio  
Aunque tal vez lo merezca,  
Ya que aplaude al que le engaña  
Y escarnece al que le enseña.  
Mas digo que la razón,  
Y esto propio afirma ella,  
Es género poco usado  
Que no halla en la plaza venta,  
Y reservarle es cordura  
Para alguno que le quiera.»  
«¿Y vivir oscurecido

Y tal vez en la miseria?»  
«Es posible». «¿Y presenciar  
De un impostor la opulencia?»  
Posible también». «¿Y ver  
Cómo una inmoral leyenda  
En que el misterio del crimen  
Con cinismo se revela,  
Una historia monstruosa  
De insulsas fábulas llena,  
Un drama que ni el pudor  
Ni el buen sentido respeta,  
Otro que acordarnos hace  
Del gran cerco de Viena  
A sus autores procuran  
Honos, fama y hacienda,  
Mientras oscuro y hambriento  
Sucumbe un hombre de ciencia?  
Yo creí que la excepción  
Esa que decís fuera  
Y lo juzgo todavía.»  
«Pues amigo, no, es la regla.»  
«¿Y pensáis que tal desorden  
Mucho tiempo durar pueda?»  
«No sólo temo que dure.»  
«¿Pues qué teméis?» «Que crezca.  
¿Por ventura se estimula  
Con honores ni riquezas  
Al que en útiles estudios  
Consume su vida entera?  
¿Por ventura se persigue,  
Ni aun en la forma indirecta,  
Al que especula en decir  
Lo que ignorarse debiera,  
Y del crimen al formar  
La escandalosa epopeya,  
No bastándole copiar  
Fecundo en maldad inventa?  
¿Por ventura en este siglo  
Son tan vivas las creencias  
Que se haga el bien por el bien  
Sin esperar recompensa,  
Y se rehuse del mal  
La lucrativa carrera?  
Mientras los hombres de estado,  
Los que dicen que gobiernan,  
De lo que es gobierno y orden

No se formen otra idea;  
Mientras juzgue inapreciable  
A todo escritor la venta  
Que desdeña lo que instruye  
Y busca lo que deleita;  
Mientras triunfe la ignorancia  
Y trocadas las ideas  
La libertad de hacer mal  
Llamada libertad sea,  
No faltará quien explote  
Mina de tan rica vena,  
Ni quien verdades se calle,  
Ni quien por dinero mienta,  
Ni quien tome la lección  
Que a Vd. le han dado en la feria.»

## VII

### *El perro y el gato*

Si no hubo malicia o yerro  
De la historia en el relato,  
Estábase cierto gato  
Mano a mano con un perro.  
Ponderaba entusiasmado  
De su maña en recompensa,  
Sus asaltos de despensa  
Sus victorias de tejado:  
«Ya descuelgo una morcilla  
Aunque esté lejos del suelo,  
Ya en el sótano me cielo,  
Ya sorprendo una guardilla.  
Si es lerda la fregatriz  
¡Ay qué almuerzos!: una polla  
O la carne de la olla  
Y el besugo y la perdiz.  
Aunque me dicen ¡maldito!  
La maldición no me alcanza;  
Tenga yo llena la panza,  
Lo demás importa un pito.  
No se yo por qué aprensión  
Estás siempre con tu tema,  
Es muy sencillo el dilema:  
Comer mal o ser ladrón.  
No sabes lo que es buen queso,

Ni buen pescado, ni flan,  
Ni otra cosa que mal pan  
O algún descarnado hueso.  
Y en vez de la libertad  
Que en mi tejado poseo,  
Ir con tu amo de paseo  
Sujeto a su voluntad.  
¿Y cuál es de esa virtud  
El gran premio, las delicias?:  
Cuatro inútiles caricias,  
El hambre y la esclavitud.  
Te luces por San Martín,  
si tal galardón pretendes.»  
«Hablas de lo que no entiendes,  
Respondió grave el mastín,  
No tengo grandes regalos  
Como te sucede a ti;  
Mas tampoco andan tras mí  
A maldiciones y a palos.  
Dirás que entre veces mil  
Diez apenas te darán,  
Más vale cariño y pan  
Que odio con dulce y pernil.  
¿Te sonríes con malicia?  
Te sonríes y no lloras,  
¡Miserable!, porque ignoras  
Lo que vale una caricia.  
Gustárasla una vez sola,  
Esta que ventura llamo,  
Cuando me acaricia el amo  
Y yo meneo la cola.  
Cuando alguno me hace mal  
O si hacérmelo pretende,  
Mi defensa al punto emprende  
Aun con riesgo personal.  
Con el afán y el ahínco  
Que me abalanzo a su cuello,  
Y el placer que tengo en ello  
Y (a su) alrededor corro y brinco.  
Entonces no esclavitud  
En la mansedumbre vieras,  
Ni tonterías dijeras  
Que es la dulce gratitud.  
¡Que no tengo libertad!  
¡Que la tienes tú mayor!  
¿No sigo a mi bienhechor

Por cariño y voluntad?  
¿De que no puedes gozar  
Que gozar no debo infieres?  
¡Miserable! Hay más placeres  
Que el de comer y robar;  
Hay más... pero fuera yerro  
Decírselo al mentecato  
Que... ¿puede entender un gato  
La felicidad de un perro?  
¿Sabe el goloso ruín  
La dicha exenta de hiel  
Que en ser querido y ser fiel  
Puede tener un mastín?»  
Y del perro entusiasmado  
Era el razonar tan grave  
Que responderle no sabe  
El gato, y vase cortado.  
Consejo encierra y profundo  
Del perro y gato la historia,  
Trayendo a nuestra memoria  
Lo que sucede en el mundo.  
El bien que a todos excede  
Suele no llamarse bien,  
Y aun le mira con desdén  
El que alcanzarle no puede.  
Mas el juego y la carroza  
Y la alfombrada escalera,  
Eso lo entiende cualquiera  
Porque cualquiera lo goza.  
Y la común medianía  
Ni muy buena ni muy mala,  
Ve del perverso la gala  
Sin comprender su agonía.  
Que juzgando por sí mismo  
Juzga el vulgo siempre mal  
El dolor del criminal  
Y el placer del heroísmo,  
Y si penetrar pudiera  
De entrambos el corazón,  
Que ha envidiado sin razón  
Y que ha desdeñado viera.  
Extraviada multitud,  
No creas en la ventura  
De la indigna criatura  
Que escarnece la virtud.

## VIII

### *Los dos caballos*

Cuidaba mucho un francés  
Dos caballos por su mano;  
Era el uno jerezano  
Y era el otro cordobés.  
Ambos de ardiente mirada,  
Ambos de fuerte resuello,  
Grosso y encorvado el cuello,  
La cabeza descarnada.  
Era tanta su apostura  
Que yo afirmo sin recelo  
Pudieran ser el modelo  
De Pablo en la fiel pintura.  
Tenía el cordobés ya  
Dada, y con bastante esmero,  
La instrucción de picadero  
Que a un buen caballo se da.  
Corbetas, saltos atrás,  
Con soltura bracear,  
Paso de posta, trotar,  
Gran galope y nada más.  
Educado el jerezano  
Con destreza y tino raro  
Bailaba, saltaba un aro,  
Respondía con la mano.  
Y no con poca sorpresa  
Justo el público aplaudió  
Cuando la polca bailó  
Y cuando comió a la mesa.  
Otras mil habilidades  
Hacía que no refiero,  
Ganando muy buen dinero  
Por villas y por ciudades.  
En una (su nombre ignoro)  
Quísole un inglés comprar  
Y por él llegaba a dar  
Cantidad, y grande, de oro.  
Hizo instancias el inglés  
Pero el amo resistía  
Ofreciendo si quería  
Más barato el cordobés.  
«Ya podéis dijo el britano,

Pues de los dos animales  
Más que el cordobés reales  
Duros vale el jerezano». «¡Pardiez, singular ajuste!  
Dijo al verlo un mozalbete  
Boquirrubio y regordete,  
De pocos años y fuste.  
¡Linda idea! Padre mío,  
Si son estos animales  
Absolutamente iguales  
En hermosura y en brío,  
¿Será cuerdo y oportuno  
O una solemne sandez  
Por llevarse el de Jerez  
Ofrecer veinte por uno?  
El mismo pelo y alzada,  
El mismo cuello encorvado...»  
«Hijo, el uno está educado  
Y el otro no sabe nada.  
Al hacer la tasación  
Del valor de cada cual  
Olvídate, y haces mal,  
De apreciar la educación.  
Parangón apenas cabe,  
De escucharlo no te asombres  
En caballos como en hombres  
Entre quien ignora y sabe.  
La proporción que has oído  
No es ni con mucho bastante,  
Si vale uno el ignorante  
Vale mil el instruido.»

## IX

### *El espejo y la verdad*

En uno de los viajes  
Que tuvo la mala idea  
De hacer no sé con qué objeto  
La Verdad sobre la tierra,  
Oyó de un espejo amigo  
Sentidas y amargas quejas.  
«¿De qué me sirve decía  
Que, fiel a tus advertencias,  
Repita forma y colores

Con semejanza perfecta,  
Lo mismo al pobre mendigo  
Y al que nada en la opulencia,  
Al labrador y al herrero  
Como a los reyes y reinas,  
Y diga la verdad pura  
Sin rodeos ni cautelas?  
Vanse de mí satisfechos,  
Aunque increíble parezca,  
Igualmente los hermosos  
Que los de horrible presencia.  
Digo a un viejo: «Esa peluca  
Se ve desde media legua.»  
Y él va muy hueco pensando  
«Nadie que es peluca acierta.»  
Dígole: «Tienes arrugas»,  
A una remilgada vieja,  
Y ella piensa allá entre sí:  
«Pues tengo la cara tersa.»  
Pónese el chato narices,  
Otro va y se las cercena,  
El gordo se quita carnes,  
El que es flaco las aumenta,  
Multiplíquese el pequeño,  
El que es muy alto se resta,  
Y, en fin, a ninguno he oído:  
«¡Qué feo soy! o «¡qué fea!»  
Si algún remedio eficaz  
No buscas de esta epidemia,  
Teme que tu santo imperio  
Del mundo desaparezca.»  
«No, respondió la Verdad  
Con la faz grave y serena  
Mi dominación es justa  
Y será por eso eterna.  
Si tal vez por excepción  
Se sustrae el hombre a ella,  
Esta excepción que te irrita  
Casos hay en que aprovecha.  
Di: ¿si sordo el amor propio  
A tus verdades no fuera,  
Cómo se consolarían  
Los horribles y las feas?  
¿Qué mal hay si va una joven,  
Muy erguida y satisfecha,  
Su fealdad ostentando

Como si fuera belleza?  
¡Es ridícula! ¿Qué importa  
Siempre que dichosa sea?  
Abunda la vanidad  
Porque el mérito escasea,  
Y en paz vive cada cual  
Ignorando su miseria.»  
Al ver un ente risible  
Que hueco se pavonea,  
Más vano por sus defectos  
Que otros hay con sus bellezas,  
Los sabios de brocha gorda  
El absurdo cacarean,  
Y el hombre bueno y prudente  
Bendice a la Providencia.

X

*El testamento del león*

Cerca se hallaba un león  
De sus dolores postreros,  
Y tigres, panteras, lobos,  
Todos amigos o deudos,  
Dábanle muy compungidos  
Mil inútiles consejos,  
Meditando cada cual  
Por qué industria o por qué medio  
Pescará la mayor parte  
De los bienes del enfermo,  
Que se murió hasta la cola  
Sin hacer el menor gesto,  
Sin decir una palabra  
Ni otorgar su testamento.  
Notáronlo cuatro o seis  
Que alejaron de allí el resto,  
«Por ver si logra decían  
El paciente algún sosiego.»  
En busca de un escribano  
Uno de ellos fue corriendo,  
En tanto que los demás  
Atan al real pescuezo,  
Con disimulo, un cordel

Que en la melena encubierto  
Y entre la ropa después  
Baja hasta cerca del suelo,  
A beneficio del cual  
Tirando, sin gran esfuerzo,  
Del difunto a la cabeza  
Comunique movimiento.  
Cuando a su satisfacción  
Todo se hallaba dispuesto,  
Dan entrada a los testigos  
Y al escribano con ellos,  
Que era un respetable zorro  
Notario mayor del reino,  
Al cual hicieron presente  
El estado del enfermo,  
Que hablar no le permitía,  
Aunque el oído perfecto  
Conservaba, y la cabeza  
En cabal conocimiento.  
Presentáronle unas notas  
Que el rey mismo había puesto,  
En las cuales expresaba  
Su voluntad y deseo.  
Mas por si hubiese cambiado  
En el instante supremo,  
Las cláusulas una a una  
Irle podía leyendo,  
Y él por señas le daría  
O no, su consentimiento.  
Hízose así; preguntaba  
El escribano, y corriendo  
Tiraba del cordelito  
Uno de los herederos,  
E inclinaba la cabeza  
Para decir que sí el muerto.  
Echólo de ver el zorro  
(Que no debía ser lerdo)  
Y quiso tener su parte  
Lucrativa en el enredo.  
Pregunta con gravedad  
Si el rey, de su amor en premio,  
Al infrascrito escribano  
Deja trescientos mil pesos.  
A la pregunta siguióse  
De la sorpresa el silencio,  
Sin que el testador hiciera

El más leve movimiento;  
Lo cual visto por el zorro  
Dijo al vecino muy quedo:  
«O se tira para todos,  
O está para todos muerto.»  
El de la cuerda, pensando  
Que no había otro remedio,  
Tiró para el escribano  
E hízole coheredero;  
Que mal puede castigar  
Quien es de crímenes reo.  
Por eso hace tanto daño  
Desde arriba el mal ejemplo.  
Cómplices o acusadores  
Han de ser los subalternos  
Del jefe, que lo es en vano  
No siendo en virtud primero.  
Para reprender al malo  
Es la condición ser bueno  
Sin lo cual la autoridad  
Es vana, vano el derecho.

## XI

### *El aturdido*

De química un profesor,  
Porque a su intento convino,  
Con espíritu de vino  
La humedece, y sin temor  
A su mano aplica fuego,  
Que ardía sin propio daño.  
Y del fenómeno extraño  
La explicación daba luego.  
Violo un mozo casquivano  
Que la explicación no oyó,  
Y lo propio ejecutó  
Mojando en agua la mano.  
Demás está el afirmar  
Que se abrasó el mentecato;  
Vino el padre a poco rato  
Y le oyó así lamentar:  
«¡Oh! ¡qué terrible dolor!;  
Ved cómo tengo el pellejo;  
Por seguir vuestro consejo

Esto me pasa, señor.»  
«¿Mi consejo por seguir?»  
Dijole el padre asombrado.  
«¿Lo que en clase haya observado  
No me mandáis repetir?  
Si es sencillo experimento  
(¡Ay!; ¡la mano se me abrasa!)  
¿No me decíshazle en casa,  
Hazle otra vez, hazle ciento?»  
Pues bien: hoy el profesor  
Con agua un vaso sacó  
Y la mano en él metió  
Mojándola en el licor.  
Luego va con mucha flema,  
La pone junto a la llama  
Y la mano se le inflama,  
Y (esto pasma) no se quema;  
Yo lo mismo practiqué  
Cuando a casa hube llegado,  
Y harto caro me ha costado,  
Viéndolo estáis, me abrasé.  
¡Ah, señor! El otro día  
Decíais «la imitación  
Ayuda la educación...»  
«Y lo repito, a fe mía,  
Tornó el padre a replicar;  
Ni sé yo por qué te quejas;  
Lo que referido dejas  
¿Es por ventura imitar?  
El que en ayunas se queda  
De la causa y la razón  
Y a repetir va una acción,  
Este no imita, remeda.  
El que la razón medita  
Y al repetir lo que ve  
Sabe el cómo y para qué,  
Este no remeda, imita.  
Y ya que dártela puedo  
No olvides esta lección:  
Es útil la imitación,  
Es pernicioso el remedo.»

## XII

*El mastín y el gallo*

Sabido es de cada cual  
Que aún mucho más que el caballo.  
Entre los vanos, el gallo  
Es vanidoso animal.  
Había en cierto lugar  
Uno que el cuello inclinaba  
Cuando la puerta pasaba  
Por temor de tropezar;  
Y era risible el temor,  
Que en un portón como aquel  
No llegaría al dintel  
Siendo cien veces mayor.  
Estábase en el corral  
De la casa por guardián  
Un juiciosísimo can,  
Y cansado de ver tal  
Díjole: «Señor gigante,  
Lleve la cabeza inhiesta,  
Que antes de dar con la cresta  
Aún ha de crecer bastante.  
¿No ves como no se baja  
Un hombre aunque esté montado,  
Y que nunca han tropezado  
Los carros que traen paja?  
¿Cómo, ¡voto a Belcebú!,  
Donde no pueden llegar  
Imaginas alcanzar  
Siendo más pequeño tú?»  
Quedóse el gallo corrido  
No sabiendo qué decir,  
Y cuando volvió a salir  
Fuese con el cuello erguido;  
No porque tuviera prisa  
Su error de reconocer,  
Sino que llegó a temer  
Del can machucho la risa.  
De la ciencia en el umbral  
Lo mismísimo se viera  
Si puerta visible hubiera  
Como había en el corral.

### XIII

*Los gemelos*

Robusta sucesión y numerosa  
Recibió el Amor Propio de los cielos:  
Orgullo y vanidad, tuvo gemelos  
A riesgo de la vida de la esposa.  
Ella enana, de talla él prodigiosa,  
Son los hermanos desde pequeñuelos  
Exento de temor uno y recelos,  
Otra apocada, débil y medrosa.  
Júpiter, que observó en los dos hermanos  
El carácter, la fuerza y proporciones,  
Dijo: «Que en mis dominios soberanos  
Haya dos razonables divisiones:  
Tú, Vanidad, inspira a los medianos,  
Y tú, Orgullo, a los grandes corazones.»

#### XIV

##### *El oso y el reló*

Solía un piamontés  
Dar lecciones a un gran oso,  
Que por torpe o perezoso  
Danzaba mal en dos pies.  
Aunque fácil la lección,  
Harto poco adelantaba,  
Y el hombre ya se cansaba  
De tanta repetición.  
Díjole: «Voy a salir,  
Tu entre tanto bailarás,  
Y si no adelantas más  
A palos te habré de hundir.»  
Compasión el oso implora  
Pero el maestro implacable  
Da por plazo improrrogable  
Para aprender una hora.  
Sujeta bien la cadena,  
Renuévale la promesa,  
Va después junto a una mesa,  
Da vuelta a un reló de arena  
Diciendo: «Aquí está, ¿le ves?  
No te dejo hueso sano  
Si al caer el postrer grano,  
Lo haces mal; hasta después.»  
Y apenas hubo salido

Recapacitando el oso  
Concibió un plan ingenioso  
Y ejecutólo atrevido:  
«La arena, según reparo,  
Llévase el tiempo al caer;  
Si la logro detener  
No corre el tiempo, esto es claro.  
¡Gran idea!, de este modo  
Ahora descanso un poquito,  
Luego la danza ejercito;  
Así hay tiempo para todo.»  
Puso el deseo por obra  
Diestro inclinando el reló,  
Y a descansar se acostó  
Sin inquietud ni zozobra.  
Durmióse, era natural,  
Hasta que, oyendo la puerta,  
Asustado se despierta  
Y tiembla el pobre animal.  
Viendo a su maestro entrar,  
Mientras la ropa mudaba,  
Puso el reló como estaba  
Y él, como siempre, a bailar.  
«¡Pues adelantas bastante!  
Díjole fuera de sí  
El amo; ¿qué has hecho, di,  
Mientras falté yo, tunante?»  
«Pero, señor, no es la hora...»  
«El reló de posición  
Cambiaste; ¡mira el bribón  
Con lo que nos sale ahora!  
¿A tu inteligencia escasa  
Parecióle idea buena  
Decir que cuando la arena  
No cae, el tiempo no pasa?»  
Y enarbolando el bastón  
Con increíble presteza,  
Dióle, de pies a cabeza,  
El premio de su invención.  
De este animal la ignorancia  
Sin quererlo nos recuerda,  
No más ingeniosa y cuerda,  
Común una extravagancia.  
Entiéndese vulgarmente  
Por el quitarse los años  
Cuando del tiempo los daños

Tales restas no consiente.  
¿Habrá mayor idiotismo,  
Ni habrá pretensión más rara  
Que, no cambiando la cara,  
Negar la fe de bautismo?  
No agreguéis a la vejez,  
Viejos de incógnita fecha,  
Un mal de vuestra cosecha  
Cual es la ridiculez.  
De vuestra fama en perjuicio  
No diga la razón dura  
Que perdéis en hermosura  
Sin haber ganado en juicio.  
De ese trabajo penoso  
Dejad la dura faena,  
Y dejad caer la arena  
O dirán que hacéis el oso.

XV

*El jugador grave*

En amor y compañía,  
Con numerosos testigos,  
Dos hombres, no sé si amigos,  
Estaban jugando un día.  
Y a ti, que vas a escuchar  
El cuento, diré de paso,  
Por ser cosa que hace al caso,  
Que no era juego de azar.  
Estaba el un campeón  
Silencioso, concentrado,  
Sin mirar a ningún lado  
Ni oír la conversación,  
Y contraída la frente  
Y su rostro echando fuego,  
Cual si tuviera del juego  
Honor y vida pendiente.  
El otro, que las jugadas  
Piensa muy pocos instantes,  
Charla con los circunstantes,  
Y da grandes carcajadas.  
Y sin cuidado maldito,  
Ni callado está ni quedo;  
Si gana, le importa un bledo,

Si pierde, se le da un pito.  
Había en la concurrencia  
De diversa catadura,  
Un hombre de edad madura  
Y un joven sin experiencia.  
Preguntóle el viejo: «¿Cuál  
De aquellos dos jugadores  
Con circunstancias mejores  
Te parece, y más formal?»  
«¿Bah! dijo el mozo, pues cabe  
Buena duda en mi opinión:  
El uno un botaratón,  
Tan serio el otro, tan grave.»  
«¿Qué solemne disparate  
Creer! repuso el anciano;  
Apostara yo una mano  
En favor del botarate.  
¡Por Dios, que ha de tener seso!  
Y ser un gran calabaza  
Con toda su grave traza  
Pensativo el otro y tieso.  
El de actividad febril,  
El de meditar capaz,  
Busca un rato de solaz  
En la diversión pueril.  
Mas la pueril diversión  
Es objeto de gran precio,  
Porque busca en ella el necio  
No descanso, ocupación.  
Mira el uno con desdén  
Las victorias del tablero,  
Piensa el otro majadero  
Que mucho lustre le den.»  
Mal sienta la gravedad  
En negocio que no es grave,  
A majadería sabe  
Y trasciende a vanidad.  
Al notar esta señal  
Queda para mí dudando  
Si quien es formal jugando  
Jugará en casa, formal.

XVI

*Los cumplimientos*

Un mozalbete espigado  
De los que ha tiempo gallean,  
Pero tan corto de genio  
Como era largo de piernas,  
Su invencible encogimiento  
Sentía sobremanera.  
No es que era lerdo el rapaz,  
Distinguíase en las letras,  
Pero en tertulia y visita,  
Le aventajaba cualquiera,  
Y nunca logró aprender  
Eso que buenas maneras  
Llaman unos y buen tono,  
Otros, de educación prueba,  
Otros, elegancia, mundo,  
Y algunos pocos, simpleza,  
Reducido en la sustancia  
(Caso que sustancia tenga)  
A una fraseología vana  
Tan inútil como hueca,  
En que se miente cariño,  
En que amistad se remeda,  
En que se ahorra talento,  
Y en que se gasta paciencia.  
Veíalo nuestro mozo  
De muy distinta manera  
Y escarnecido y burlado  
Por galanes y bellezas,  
El mísero se juzgaba  
Si no aprendía tal jerga;  
Y este dolor, para él grande,  
Contólo un día a su abuela.  
Era una cabal señora  
Machucha, cristiana vieja,  
Un poquito socarrona,  
Y un mucho sesuda y cuerda.  
La cual oyendo el apuro  
En que su nieto se encuentra,  
Dejando a un lado las gafas  
Y con las gafas la media,  
Dijo: «Poco fundamento  
Ni razón tienen tus quejas.  
Eres robusto, capaz,  
De buen natural y prendas,  
Para las artes no manco

Ni zurdo para las ciencias;  
Esto es lo que sobra o basta  
Para estar en donde quiera  
Sin temor de excitar risa,  
Sin empacho ni vergüenza  
Tus afectos y razones  
Expresando a tu manera.  
¿Qué te importa si no sabes,  
Con vanas palabras huecas,  
Mentir como mienten todos  
Para que nadie te crea?  
¿Ni el juicio que de ti formen  
Por trasgresor de la regla  
Cuatro mozos casquivanos  
Y cuatro vanas coquetas?  
¿Por qué sientes ignorar  
Eso que sabe cualquiera?  
No tengas lo que te digo  
Por el voto de una vieja.  
Yo conocí a un religioso  
Pájaro a fe muy de cuenta,  
Y oíle más de una vez  
Que todas esas lindezas  
Que cumplimientos se llaman,  
Son para la gente necia,  
Y que el genio y el talento  
Pueden dispensarse de ellas.

## XVII

### *Quién a quién*

Un hombre muy chiquitín  
(La historia su nombre calla),  
Medir a otro de gran talla  
Se le puso en el magín.  
Encontró una silla a mano,  
Mas apartóla con ceño,  
Que, al par que endeble y pequeño,  
Era mentecato y vano.  
Por más que hacia la cabeza  
Del otro su brazo estira,  
Mide, rectifica, mira,  
Y otra y otra vez empieza,  
Y por más solicitud

Que en la operación emplea,  
Medida no halla que sea  
De tal cual exactitud.  
Uno que allí estaba viendo  
De este necio la ocurrencia,  
Perdiendo ya la paciencia,  
Interrumpióle diciendo:  
«Si no es necesidad, es locura  
Que física o moralmente  
Medir el pequeño intento  
Al de mayor estatura.»

## XVIII

### *Las dos perras*

Cierto día de verano  
Y en la falda de unas sierras,  
En conversación dos perras  
Estábanse mano a mano.  
Mastina, joven, valiente  
Con los lobos cual ninguna,  
Era resuelta la una  
A la par que inteligente.  
Largo hocico y mala traza  
Tenía su compañera,  
Mestiza, y que no dijera  
El mismo Buffon su raza.  
Con los perros acontece  
Cual con hombre o con mujer:  
No siempre es fácil saber  
A qué casta pertenece.  
Digo que en conversación  
Estaban los animales,  
Y entre otras cosas formales,  
Trataron de educación.  
«Barato, paciente y diestro,  
Para que enseñe a mi hijo,  
Busco la mastina dijo  
Hace días un maestro.»  
¡Un maestro! ¡Tú estás loca!  
Le replicó la mestiza;  
Mira a ver si descuartiza  
Un cabrito con la boca.  
Si con un lobo la lucha

Puede fuerte sostener  
Y las vacas defender.  
Lo demás es paparrucha.  
Yo nada enseño a los míos  
Y ellos saben muy bastante;  
Es idea extravagante  
Dar en tales desvaríos.  
Y es locura ese tu celo  
Excesivo, aun para madre;  
Como ha vivido su padre  
Vivan, y como su abuelo.  
Más cuerda te creí; ¡Bah!  
Deja tamaña quimera  
Que si ello hacerse pudiera  
Otro lo hubiera hecho ya.  
Lo que nadie osó intentar  
¿Quién intentar imagina?»  
«Ello dijo la mastina,  
Por alguno ha de empezar.  
Y cierto vale la pena  
De buscar cosa mejor,  
Que la vida de un pastor,  
No es a la verdad muy buena,  
Siempre por breñas y cerros,  
Mucho lobo y poco pan,  
No dice mal el refrán  
Que dice: 'vida de perros'.  
¡Cuán distinta la existencia  
Fuera de un perro instruido!  
Carne, pescado, embutido,  
Leche y queso con frecuencia,  
Y grandes comodidades  
De cama y habitación  
Con la sola obligación  
De hacer sus habilidades.»  
«¡Cómo deliras!» «¿Por qué?»  
«Eso que diciendo estás  
Cierto no será jamás.»  
«¿La razón?» «Que nunca fue.»  
«¿Y si fuese?» «¡Bah!, patrañas;  
Digo que es linda ocurrencia.»  
«Pues con toda tu prudencia,  
Amiga mía, te engañas.  
Sé de un perro que trabaja  
De su amo en la compañía,  
Y juega a la lotería

Y también a la baraja.  
Entre más de cuatrocientas  
Personas, mira uno el amo,  
Y él corre y le lleva un ramo,  
Y adivina y echa cuentas.  
El hambre le es conocida  
Sólo por los demás canes;  
Para otros llena de afanes,  
Es dulce para él la vida.  
Con esto su merced vea  
Cómo el juicio no he perdido,  
Y cómo el que no haya sido  
No es razón de que no sea.»  
Como esta perra mestiza,  
¿Quién no ha visto algún varón  
Con su inflexible razón  
Y con su ciencia postiza?  
Si mediano o medianía  
Tuviera que definir,  
Como tengo de morir  
Así lo definiría:  
Mediano, cierto animal  
Que se dice pensador,  
Para quien innovador  
Y loco o necio es igual.

## XIX

### *Los monos arquitectos*

De monos una cuadrilla  
Gentes todas principales,  
Quiso sentar sus reales  
En un pueblo de Castilla.  
No se sabe a punto fijo  
El objeto del viaje,  
Pero un grave personaje,  
Hablando del caso, dijo  
Que venían a ensayar  
De reforma un vasto plan  
Que el gobierno de Tetuán  
No quiso allí tolerar.  
Según otro, una cucaña  
Buscaban los muy pillastres,  
Y por no sufrir desastres

Dieron la vela hacia España.  
Con refinada maldad  
O con noble intento y puro,  
Ellos a puerto seguro  
Llegaron sin novedad.  
Y en Castilla, como he dicho,  
A muy poco de llegar  
Quisiéronse avecindar  
Por razón o por capricho.  
Pensaron, y a fe con juicio,  
Que a la sociedad naciente  
Sería muy conveniente  
Tener propio un edificio.  
Si habla la historia verdad  
Supusieron, ¡cosa extraña!,  
Que no se tiene en España  
Idea de propiedad.  
Pues llegados a un solar,  
Sin preguntar por su dueño,  
Con gran esfuerzo y empeño  
Pusiéronse a trabajar.  
Y fue grande su alborozo,  
Y fue mucho su contento  
Al hallar hecho el cimiento  
Y aun de pared un buen trozo.  
Cada cual ufano empieza,  
Ponen manos a la obra  
Y en actividad les sobra  
Lo que les falta en cabeza.  
Entre todos se concerta  
Como cosa muy urgente  
De necesidad patente  
Poner dintel a la puerta.  
Mas halla la ejecución  
Un grave tropiezo, y era  
No hallar piedra ni madera  
De oportuna dimensión;  
Párase entonces la gente  
Con desaliento profundo,  
Mas cierto ingenio fecundo  
Les propone un expediente:  
«Unase cada fragmento  
Con diligencia oportuna  
Y de muchas piezas, una  
Hágase propia al intento,  
Y si cada cual se esfuerza

Este consejo a seguir,  
Habremos de conseguir  
Nuestro objeto; unión es fuerza.  
Esto ha dicho no sé quién,  
Y tan sublime verdad  
Si es cierta en la humanidad  
Aquí lo será también.»  
Todos claman: «¡Gran idea!»  
Y secundando el intento  
Cada cual en un momento  
Piedra abundante acarrea.  
El inventor, muy paciente  
Y diestro, las va casando.  
«Ya está dice al fin juzgando  
Que el tamaño es suficiente.  
¡Alzad! ¡La suerte corona  
Nuestra constancia y ardor!»  
Levantán, pero, ¡oh dolor!,  
La piedra se desmorona.  
Hay quien juzga casual  
La consecuencia precisa,  
Y hacen otro ensayo aprisa,  
Y otro con éxito igual.  
Y sacan en conclusión  
Con lógico rigorismo,  
Que una piedra no es lo mismo  
Que de piedras un montón.  
¡Quién no ve en la sociedad  
Por desgracia ejemplos mil,  
Del cortés trato pueril  
Sin cariño y sin verdad!  
¿Hay para esperar razón  
Que ese remedo impostor  
En los días de dolor  
Consolará el corazón?  
Y por ventura, ¿ese impío  
Mentir, afecto sublime  
De un alma que triste gime  
Podrá llenar el vacío?  
Ni aun el corazón vulgar  
Que esta farsa no importuna,  
Si le deja la fortuna  
Puede consuelos hallar.  
Y esa dicha de retazos  
Que algunos tienen por buena,  
Cuando la desgracia truena

Cae deshecha en pedazos.  
¿Si la experiencia cruel  
Tiene esta regla en su abono,  
Por qué imitamos al mono  
Con la piedra del dintel?

XX

*El gorrión y la hormiga*

Iba un día cierta hormiga  
Del verano en lo más recio,  
Sudando a más y mejor,  
Camino de su granero.  
Salió al paso y la detuvo  
Un gorrión muy atento,  
Haciendo una cortesía  
Cual pudiera un palaciego.  
Ella fría contestóle  
Fundada, a lo que yo creo,  
De previsor en la fama  
Que goza en el mundo entero.  
Se acercó el pájaro más  
Y dijo en sumiso acento:  
«Yo voy, señora, a pedir  
Un favor de mucho precio,  
Y a su valor será igual  
Mi gratitud y respeto.  
Único, hermoso, querido,  
Muy joven un hijo tengo  
Y quisiera educación  
Darle mejor que me dieron.  
Sé que debiera enseñarle  
Yo mismo con el ejemplo,  
Mas criéme en el desorden  
Y reformarme no puedo.  
Para corregir sus vicios  
Halla poca fuerza un viejo,  
Pero el rapaz no los tiene  
Ni inveterados defectos;  
Y al ver vuestra economía,  
Vuestra exactitud y arreglo,  
Y que, de previsión tanta,  
Por fruto debido y cierto  
Tenéis la misma abundancia

En Agosto que en Enero,  
Mientras el hambre devora  
A todos sus compañeros  
Que a centenares perecen  
Si es riguroso el invierno,  
Comprenderá cuánto importa  
Ser parco en el alimento.  
Si quisieras enseñarle  
Su apetito conteniendo,  
Con un año de lecciones  
Y acaso, acaso con menos,  
Llegará tal vez a ser  
Un gorrión de provecho.  
En cuanto a los honorarios  
No dudéis que será el premio  
Proporcionado al servicio  
Que yo más que nadie precio.»  
Quiso excusarse la hormiga  
Con mil frívolos pretextos  
Que el pájaro con razones  
Echaba por tierra luego,  
Hasta que al fin acosada  
Díjole claro: «No quiero.»  
Impelido el gorrión  
Por el cariño paterno,  
Escuchando la repulsa  
Irritóse hasta el extremo  
De amenazar con la muerte  
Al desventurado insecto.  
Ella, al verle tan furioso,  
Toda temblando de miedo,  
Con tono humilde y contrito  
Echóse a sus pies diciendo:  
«¡Piedad, señor! Yo disfruto  
La fama que no merezco;  
Yo no guardo en el verano  
Viveres para el invierno,  
Que paso como dormida  
En profundísimo sueño;  
Y he aquí por qué los rigores  
Nunca del hambre padezco.»  
Admiróse el gorrión  
Del revelado secreto,  
Y aunque le pareció ver  
En su energía y acento  
El aire de la verdad,

Quedóse un tanto perplejo;  
Lo cual notado que fue  
Por el afligido insecto  
Dijo: «Si por el temor  
Habéis creído que miento,  
Un sabio naturalista  
Que vive de aquí no lejos,  
Decir puede sobre el caso  
Lo que haya de falso o cierto.»  
Parecióle al gorrión  
Muy razonable aquel medio,  
Y buscó al naturalista  
Y hallóle, por dicha, luego.  
Díjole en cuatro palabras  
De educación su proyecto,  
Las excusas de la hormiga,  
Sus dudas y sus deseos.  
El sabio le respondió:  
«Dice verdad el insecto.»  
«Pero, señor, todo el mundo  
Piensa al revés.» «Ya lo creo.  
Un hombre con ojos sanos  
Ve más que un millón de ciegos.  
Como juzgar quieren todos  
Y el observar es molesto,  
A salga lo que saliere,  
Hora a diestro, hora a siniestro,  
Al prójimo le atribuyen  
Cualidades o defectos,  
Deprimiendo la virtud  
O quemando al vicio incienso.  
Y este mal, que ya es antiguo,  
Tiene difícil remedio  
Si no adquieren propia voz  
Los hombres que ahora son ecos.»  
Despidióse el gorrión  
Cabizbajo al oír esto,  
Y cuando estuvo a sus solas  
Dijo para su colete:  
«Así de prudente y grave  
Fama se adquiere y provecho.  
¡Así se juzgan las cosas!  
¡Pues, señor, estamos frescos!  
Según me ha dicho este hombre  
Que parece hombre de seso,  
En el mundo se equivoca

Lo blanco con lo que es negro.  
Y si persisto en buscar  
Mentor a mi rapazuelo  
He de hallar muchas virtudes  
Como ésta del hormiguero.»

## XXI

### *El daguerotipo y la pintura*

Orgullosa la pintura  
Al daguerotipo dijo:  
«Por más que te empeñes, hijo,  
No llegarás a mi altura.  
Al vulgo retratarás,  
Que al vulgo desdeño yo,  
Pero a la gente de pro,  
A los príncipes, jamás.  
Tu tamaño reducido...  
Luego, el no poder mirarte  
Como a mí, de cualquier parte...  
La falta de colorido...  
Trabajas con equidad,  
Por eso has hecho fortuna,  
Mas no tiene duda alguna  
Que sin color no hay verdad.  
Y aunque a veces a tu ruego  
Ilumino tus monotes,  
¿Quién no ve que son pegotes,  
Si idiota no es o está ciego?»  
«Bien dijo el daguerotipo,  
Aun cierto el hecho en cuestión,  
Amiga, de tu opinión,  
Dispensa, no participo.  
Juzgas que celebridad  
Entre los grandes no adquiero  
Porque no soy verdadero,  
es porque digo verdad.  
Es porque a mentir no acierto,  
al contemplar su retrato  
Se encuentra chato el que es chato,  
Y sale tuerto el que es tuerto.  
Por una inflexible ley,  
Sin consultar su nobleza,  
Trato con igual llaneza

Al pordiosero y al rey.  
Y no cual tú en mentir diestro,  
¡Cuántas veces he copiado  
El semblante del malvado  
Como era, vil y siniestro!  
Nada hay en ello que asombre,  
Obedeciendo los dos  
Yo, a la voluntad de Dios,  
Tú, a la voluntad del hombre.  
Quien tesoros acumule,  
En el lienzo o el papel,  
Con la pluma o el pincel  
Puede pagar quien le adule.  
Y en este mundo embustero  
Segura cosa es también  
Que nunca ha de faltar quien  
Mentiras dé por dinero.  
Si tú conservas la palma,  
Es que el hombre, en su abyección  
No quiere mostrar cual son  
Ni su cuerpo ni su alma.

## XXII

### *El temple*

«¿Decidme por qué razón  
Uno al hierro, otro al acero,  
Comparaba D. Antero  
A Nemesio y a León?.»  
«Porque con los dos metales  
Gran semejanza se advierte:  
Uno débil, otro fuerte,  
Vinieron al mundo iguales.  
Fiero, de altivo mirar,  
De indomable corazón,  
Lima parece León  
Que no se deja rayar.  
Más patente ser no puede  
En los dos la diferencia:  
Nemesio sin resistencia  
Dóblase al instante y cede.»  
«¿Por qué tan débil será  
Y el otro tan esforzado?»  
«Muy sencillo: está templado

Uno, el otro no lo está.  
«¿Mas cuál fuerza esa eficacia  
Tiene? Decidme su nombre.  
¿Quién ese temple da al hombre?»  
«Hijo mío, la desgracia.»

## XXIII

### *El murciélago y el ruiseñor*

«¡Oh! Enojosa luz del día!  
¡Del sol temible presencia!  
¡Y cuán dulce la existencia  
Sin vosotros gozaría!  
Entonces con libertad  
Saliera yo a cualquier hora  
Sin huir como hago ahora  
La enemiga claridad!  
¿La Providencia está ciega?...  
¿Cómo, en mi querella triste,  
Aunque justicia me asiste,  
Siempre justicia me niega»  
Esto un murciélago dijo  
Poco antes de amanecer,  
Al tiempo de irse a meter  
Cual solía en su escondrijo.  
Escuchóle un ruiseñor  
Viendo, de cólera lleno,  
Cómo de razón ajeno  
Blasfema del Criador.  
Y díjole: «¡Miserable!  
¿Cómo has osado juzgar  
Lo que no puede alcanzar  
Tu pequeñez despreciable?  
¿Ni tu estólida osadía  
Cómo conseguir pretende  
Porque tus ojos ofende  
Que en noche se torne el día?  
Sabes que, si complacerte  
Quisiera Dios por capricho,  
Necio y repugnante bicho,  
Hallaras luego la muerte?  
A ti, insolente hablador,  
Fuérate el cambio fatal,  
Que si la luz te hace mal

Has menester el calor.  
¿Quién en más de una ocasión  
No ha visto la copia fiel  
Del murciélago en aquel  
Que maldice la razón?  
¿Qué hicieras sin ella, di,  
Maldiciente a quien deslumbra?  
Ella a unos pocos alumbraba  
Y éstos te guían a ti.

## XXIV

### *Los monos fabricantes*

Dos monos allá en Tetuán,  
Personas muy principales,  
Eran en todo rivales  
Y en todo con grande afán.  
Dioles la rivalidad  
Por hacerse, a estos señores,  
De la industria protectores  
Con pública utilidad.  
Los ilustres adversarios  
Dos fábricas de tejidos  
Establecen, escogidos  
Llevando los operarios.  
Pero el más inteligente  
Ni con mucho se aproxima  
A los productos que el clima  
Exige, en extremo ardiente.  
¿Cómo hacer telas ligeras,  
Decían con impaciencia,  
Si absoluta es la carencia  
De las materias primeras?  
Y habiendo reflexionado  
Los directores rivales,  
En busca de materiales  
Mandan su comisionado.  
El uno, teniendo en cuenta  
No más de la economía,  
A un mono ignorante envía  
Que con poco se contenta.  
El otro, un mono instruido  
Busca para esta misión,  
Dando por la comisión

Salario fijo y crecido.  
Vienen a comprar a España  
Pagando en buena moneda,  
Uno capullos de seda,  
Y el otro telas de araña.  
«¡Qué compra! decía el necio  
¡Qué sutil saldrá el vestido!  
¡Si está ya medio tejido!  
¡Y por tan ínfimo precio!»  
Llegan al suelo natal  
Con feliz navegación,  
Y cuenta de su misión  
Pónese a dar cada cual.  
Entonces el gran señor  
Que por ahorrar dinero  
Se valió de un majadero,  
Conoce tarde su error.  
Con paciencia y capital  
Pagó tan gran necedad,  
Dejando la utilidad  
Y la gloria a su rival.  
Su parte a la inteligencia  
Negándole, como el mico,  
Siempre le parece al rico  
Que exige mucho la ciencia.  
Y su obtuso entendimiento  
No ve que, en un solo día,  
Destruye la tontería  
Más que exigiera el talento.

XXV

*El antejo*

Juan y Pedro una disputa  
Trabaron, estrepitosa,  
Sobre si grande una cosa  
Era, o si era diminuta.  
La mano en el corazón  
Juraban decir verdad  
Ambos con sinceridad,  
Y uno solo con razón.  
Miraban con antejo  
Estando todo el secreto  
En que el vidrio del objeto

Aplicaba Juan a el ojo.  
«¡Que es muy grande, voto a Cristo!  
Exclamaba; miente el culto.  
No es error, es un insulto  
Negarme lo que yo he visto.»  
Y no lo hicieran creer  
Aun rompiéndole la crisma,  
Que no es una cosa misma  
El tener ojos y el ver.  
Necio que las cosas ves  
Del sabio en contradicción,  
¿Habrá en tu organización  
Un antejo al revés?

## XXVI

### *Los sentidos*

«Trabajé ayer con ahínco  
los sentidos por contar:  
Oír, oler y gustar,  
Tocar y ver son los cinco.  
Mi maestro D. Fortún  
Asegura que no hay más;  
Papá, ¿decirme querrás  
Dónde coloco el común?»  
«D. Fortún habló en razón,  
Dio la regla general;  
Ese sentido ideal  
Se tiene por excepción».  
«De hablar son extraños modos.  
¿Por qué común le dijeran?»  
«Porque tenerle debieran,  
No porque le tengan todos.»

## XXVII

### *El chaparrón de las truchas*

Había en una ocasión  
En casa de cierto conde  
Que vive yo no sé dónde,  
Numerosa reunión.  
Por costumbre que a ley pasa

Y en verdad muy racional,  
A las once cada cual  
Retirábase a su casa.  
Pues bien: las once sonaron,  
Para otra noche aplazada  
Dejaron una charada,  
Y todos se levantaron.  
Uno de los concurrentes  
Oyó un extraño ruido,  
Aplicó atento el oído,  
Y exclamó: «¡Llueve a torrentes!»  
Fue general la sorpresa  
Habiendo todos dejado  
El cielo muy despejado;  
Y dijo así la condesa:  
«Mientras aclara la noche,  
Tomad, señores, asiento  
Porque no tengo (y lo siento)  
Para conducir os coche.  
Si sigue la tempestad,  
Preparando están la cena,  
Aunque no será tan buena  
Como lo es mi voluntad.»  
A este agasajo sincero  
El valor dan que se debe,  
Mas juzgan pasará en breve,  
Por ser fuerte, el aguacero.  
Y siéntanse muy serenos  
A esperar cerca del fuego  
Que deje de llover luego,  
O que llueva un poco menos.  
Uno que a cansarse empieza  
«Quiero ver el chaparrón»  
Dijo; y abriendo el balcón  
Sacó fuera la cabeza.  
«Pues, señor, o no sé jota,  
O no hay nubes en el cielo  
Y sequísimo está el suelo  
Y de agua no cae gota»,  
Dice. Y vanse de contado  
Todos al propio balcón,  
Y con grande admiración  
Ven que está el cielo estrellado.  
Cáusales no poca risa  
El quid pro quo singular,  
Y tratan de averiguar

La causa, aunque estén deprisa.  
Pero esta causa, ¿cuál era?  
Sencilla como otras muchas:  
Que estaba friendo truchas  
Marica, la cocinera,  
Y el tal pescado al caer  
En el aceite que hervía  
Un ruido producía  
Semejante al de llover.  
Y era tal la semejanza  
Al través de las paredes  
Que (no lo tomen ustedes  
A ponderación o chanza)  
El más perspicaz oído,  
Puesto en igual condición,  
La mismísima ilusión  
Por verdad hubiera tenido.  
Imagine cada cual  
Si en la cosa más sencilla  
(Testigo esta fabulilla)  
Hay riesgo de juzgar mal.  
Si en el ejemplo en cuestión  
Uno de esperar cansado  
A él no se hubiera asomado,  
O si no hubiera balcón,  
Cenaran de buena gana,  
Marcháranse a recoger,  
Y aquel soñado llover  
Juraran por la mañana.  
Esto recuerda el calor  
Con que gritan satisfechos  
Ciertos prójimos: «¡Los hechos,  
pero los hechos, señor!»  
Si yo solo de hechos trato  
Y confirman mi opinión,  
¿Dónde está la observación  
De esos hechos, mentecato?  
¿Tienes tú seguridad  
Que un hombre, sea el que fuere,  
Cuando un hecho te refiere  
No ha faltado a la verdad?  
¿Y si verídico fue,  
Afirmarás, por ventura,  
Que un error no te asegura,  
Iluso, de buena fe?  
¿Ignora tu insuficiencia

Los hechos al invocar  
Que la ciencia de observar  
Es de muy pocos la ciencia?  
Difícil la observación,  
Escasa la voluntad,  
Grande la comodidad,  
De tener fija opinión.  
Por eso cunde el error  
Llegando a nuestros oídos  
Estos gritos repetidos:  
¡Pero los hechos, señor!  
A ellos debe responder  
El hombre cuerdo y machucho:  
110  
«Los hechos enseñan mucho,  
Pero es a quien sabe ver.»

## XXVIII

### *El hierro y el topacio*

«¿Por qué tan preciso al mundo,  
Dijo el hierro amostazado,  
Soy menos que tú pagado  
Y excito desdén profundo?  
Ni cabaña ni palacio  
Existir puede sin mí;  
¿Tú para qué sirves, dí?»  
Y le respondió el topacio:  
«Una sencilla verdad  
Te dará la explicación:  
Tú sirves a la razón,  
Yo sirvo a la vanidad.  
Fijos dos hechos verás  
Aunque de justicia ajenos:  
Que la razón paga menos,  
La vanidad paga más.»

## XXIX

### *El cordero con garras de león*

Sintiéndose enferma, vieja,  
Y viendo cerca la muerte,  
Con hartos pesares advierte

Su fin próximo una oveja.  
Y si el momento postrero  
Mira con dolor profundo,  
Más que por dejar el mundo  
Es por su tierno cordero.  
«De los peligros el nombre  
Dice ignoras, pobre bobo;  
Lo que es el hambre en el lobo  
Y lo que es gula en el hombre.  
Mas yo sé dónde te dejo  
Y poco en la suerte espero,  
Pues como el rey, el carnero  
Rara vez muere de viejo.»  
Afligida y pesarosa  
Inclina la triste frente,  
Mas le ocurre de repente  
Una idea luminosa.  
«¡Idea de salvación!  
¡Consuelo a mal tan acerbo!  
Exclama; ¡si yo conservo  
Las garras de un gran león!  
¡Ah! Mi corazón predijo  
Cuando las oculté un día  
Que con ellas dar podría  
Defensa a mi pobre hijo!»  
Hace un esfuerzo postrero,  
Las busca en pocos instantes,  
Y a la manera de guantes  
Se las coloca al cordero.  
Sale el pobrete a campaña  
Y, aunque tarde, echa de ver  
Que en quererle defender  
Así, su madre se engaña.  
Vese tan embarazado  
Con las garras para andar  
Que, aún queriéndolo evitar,  
Quédase atrás rezagado.  
Y cuando su madre, llena  
De dulce consuelo, expira  
Porque seguro le mira,  
Sirve a los lobos de cena.  
Que si el maternal amor  
Por disculpable quimera  
Le dio las garras de fiera,  
No la fuerza ni el valor.  
Siempre un éxito fatal

Guarda la naturaleza  
Al que incurre en la torpeza  
De olvidar su natural.  
En llegando la ocasión,  
El más vano y altanero  
Hará lo que hizo el cordero  
Con las garras del león.

XXX

*El vaso roto*

Un chico travieso y tal  
Como los más suelen ser,  
Por jugar o por correr,  
Rompió un vaso de cristal.  
«Era grande, hermoso, claro,  
Suspirando se decía,  
Tan hermoso que, a fe mía,  
Hubo de costar bien caro.  
¡Bien caro, válgame Dios!  
¿Y qué habré de responder...?  
Mas se puede componer...  
Sólo se ha partido en dos.  
Guardaréle, sí; mi madre  
Quien lo componga hallará».  
Y en esto pensando está  
Cuando aparece su padre.  
Algo al verle se asustó  
De aquella visita ajeno;  
Mas como el hombre era bueno,  
El muchacho no mintió.  
«Padre, tendrá compostura,  
Será menor así el mal.».  
«No, hijo mío, que el cristal  
Tiene mala soldadura.»  
«Pues vi componer un jarro,  
Y una fuente, y un barreño  
Muy grande, y otro pequeño.»  
«Cierto, porque eran de barro.»  
Y aunque es posible quizás  
Del cristal la compostura,  
Quedará poco segura,  
Siendo inútil además.  
De barro una tosca pieza

Sirve aunque esté remendada;  
Mas condición no excusada  
Es en cristal la belleza.  
Conserva roto ese vaso,  
Encierra en ti una lección  
Que, si tienes corazón,  
Un día te vendrá al caso:  
Como el barro compostura,  
Tiene en nuestra sociedad  
Toda vulgar amistad,  
Y rota y compuesta dura;  
Pero no siendo vulgar,  
Si fuere grande, sublime  
Y se rompe, sufre y gime,  
Mas no la quieras soldar.

XXXI

*La torre cuadrada*

Habrás, lector, oído,  
(Si no, lo oyes ahora),  
Que una torre cuadrada,  
Por ilusión de óptica,  
Al que la ve de lejos  
Parécele redonda.  
Lo propio sucedióle  
A Juanito Carmona,  
Que a creer se negaba  
Su verdadera forma.  
Los ángulos de cerca  
Al fin mira y se asombra.  
Dijo entonces su padre:  
«Ten presente una cosa:  
Que sucede en el mundo  
Lo propio a las personas.  
Las esquinas de lejos  
Parécenle redondas;  
Te acercas y tropiezas,  
Te lastimas y lloras.  
Juzga siempre de cerca,  
A distancia muy corta,  
Mira, y a mirar vuelve,  
Que aun así nada sobra.»

## XXXII

### *El lobo murmurador*

Entre las breñas de un cerro  
Un día de gran nevada  
Un lobo a su camarada  
Hablábale así de un perro:  
«Es un maldito vecino,  
Tan camorrista y cruel  
Que, para estar libre de él,  
Ya se necesita tino.  
Ladrador para la gente,  
Entrometido, goloso,  
Suspica y cauteloso,  
En fin, un perro indecente.»  
Pasaba en esta ocasión  
Cerca de allí una raposa,  
Paróse un tanto curiosa,  
Y al oír la acusación  
Dijo para su colete:  
«Anda, que te crea un bobo;  
Perro a quien acusa un lobo  
Debe ser perro completo.»  
En caso próspero o adverso,  
No echarás nunca en olvido  
Que es elogio el más cumplido  
La censura del perverso.

## XXXIII

### *El pajarero*

En cierto lugar había  
Un ricacho solterón  
Con la más rara afición,  
O si se quiere manía.  
Y era pájaros juntar,  
Con maña domesticarlos,  
Y aun [a] algunos enseñarlos  
Palabras a pronunciar.  
Paróse allí un viajero  
Sabio, modesto e ignorado;  
Habláronle de contado  
Del famoso pajarero.

Ansioso de conocer  
Cuanto hallare útil o extraño,  
Y por no sufrir engaño,  
Fuelo por sí mismo a ver.  
Pájaros halla en la era,  
Pájaros doquier que pasa,  
Estando toda la casa  
Convertida en pajarera.  
Mas cuando crece su pasmo  
Es al escuchar al dueño  
Que le habla con grande empeño,  
Con increíble entusiasmo.  
«¡Oh! le dice, es compasión,  
Porque tú, señor, no sabes  
Lo que ser pueden las aves  
Dándoles educación.  
Mil especies que hoy se crían  
Y viven abandonadas,  
Si estuvieran educadas,  
No lo dudes, hablarían.  
¿En la rama de abedul  
Ves esa ave no pequeña  
Que, batiéndolas, enseña  
Sus alas de hermoso azul?  
Un año hará para mayo  
Que la enseñe cual se debe,  
Y espero que hablará en breve  
Tan bien como un papagayo.»  
«Escucha, santo varón,  
Respondióle el viajero  
Que tu paciencia y dinero  
Gastas con tal profusión:  
¿De quién la dicha se labra  
Con que así extiendas, profuso,  
No ya de razón el uso  
Mas sólo el de la palabra?  
En vez de enseñar a hablar,  
Fueras a la humanidad  
Muy más útil, en verdad,  
Si enseñaras a callar.»

XXXIV

*El vidrio y el brillante*

En el punto culminante  
De una corona imperial,  
Un pedazo de cristal  
Tenido fue por brillante.  
Y de precio muy subido  
Estaba en un muladar  
Un brillante, que apreciar  
Ninguno había sabido.  
Este cambio estrafalario  
Años y siglos durara,  
Si al muladar no llegara  
Cierta día un lapidario  
Que observando por acaso  
El vidrio de la corona,  
Por todas partes pregona  
Ser puro fondo de vaso.  
Desmintieronle: «¿En lugar  
Tan alto, tan baja cosa  
Y otra tan rara y preciosa  
En un sitio inmundo estar?  
¡Absurdo! ¡Barbaridad!»  
Y aunque era el hombre marrajo,  
Costóle mucho trabajo  
Probar que hablaba verdad.  
Y es que los hijos de Adán  
No aprecian como es razón  
Las cosas en lo que son  
Sino el lugar donde están.

XXXV

*El jugador afortunado*

Con indecible alegría  
Tuvo un joven la noticia  
De que la suerte propicia  
Le premió en la lotería.  
Toma en duros un millón,  
Lleva a su padre el dinero,  
Que en tono grave y severo  
Dale esta santa lección:  
«Dime, ¿palabra formal  
No me has dado de enmendarte  
Y al juego la menor parte  
No exponer de tu caudal?»  
«Tengo a más favor derecho;

Yo jugué, sin duda alguna,  
Pero gané». «¿Y la fortuna  
Acaso varía el hecho?  
¿Una acción mala no es tal  
Del éxito coronada?  
Tu falta fue calculada  
Y el acierto casual.»  
Como éste justificados  
Hállanse pocos varones  
Que juzguen por las acciones  
Y no por los resultados.  
Si quieres ser justo advierte  
Que en el caos más profundo  
Confundida está en el mundo  
La prudencia con la suerte.

### XXXVI

#### *Los hijos de Lucía*

Preguntábanle a Lucía,  
Madre de dos rapazuelos  
Iguales, eran gemelos,  
Cómo ella los distinguía.  
«Muy fácilmente, a fe mía.»  
«No hallo yo tal diferencia.»  
«La razón, en mi conciencia,  
Está al alcance de un niño:  
Señor, en todo, el cariño  
Ve más que la indiferencia.»

### XXXVII

#### *La fuente*

Sostenía Don Cipriano  
Que el agua de cierta fuente  
Se encontraba más caliente  
En invierno que en verano.  
Quiso su interlocutor  
Saber por cuál ilusión  
Apariencia de razón  
Tenía tamaño error.  
«Si la mano en el estío

Gravemente respondió  
Mete V. cual meto yo,  
Verá qué terrible frío.  
Si un día de invierno crudo  
Repite la operación,  
De calor grata impresión  
Sentirá». «De ello no dudo.  
Refiriéndose a la mano,  
Grande el error ser debía  
Estando en invierno fría  
Y caliente en el verano.  
Sabiedo vuestra prudencia,  
Paréceme sorprendente  
Que atribuyáis a la fuente  
Y no a vos la diferencia.»  
Sólido fue el argumento,  
Mas aún así no bastó;  
Como dicen, no cayó  
El hombre de su jumento.  
Hasta que en Julio y Enero,  
El termómetro aplicando  
Y al buen sentido apelando  
Salió de su error primero.  
No miremos con desprecio,  
Aunque el caso nos asombre,  
La razón de este buen hombre;  
No era, ni con mucho, un necio.  
Pero arraigado y profundo  
Está en todos cierto vicio,  
Y es, al formular un juicio,  
Hacerse el centro del mundo.  
Convertirnos en medida  
Que a todos se ha de aplicar,  
Y vida y razón juzgar  
Por nuestra razón y vida;  
Transformar las sensaciones,  
Como el héroe de este cuento,  
En apoyo y fundamento  
De extraviadas opiniones.  
Pensemos que, al juzgar mal  
Con propio y ajeno daño,  
Para enmendar el engaño  
No hay termómetro moral.

### *Retratista*

Quiso retratarse un tuerto,  
Llamó al efecto a un pintor,  
Y no tuvo el buen señor  
En verdad, muy buen acierto.  
Retratóle de perfil  
Del lado del ojo sano,  
Y el hombre le dijo: «Hermano,  
Este no es Mateo Gil.  
Y es grande puerilidad;  
Tuerto soy de todos modos;  
¿Cuándo pueden verla todos  
A qué ocultar la verdad?  
Venga, pues, otro retrato,  
Que pronto a pagarle estoy,  
Mas no quiero, por quien soy,  
Pasar por un mentecato.»  
Y haciendo nuevo concierto  
El pintor adocenado  
Lleva el perfil dibujado  
Del lado del ojo tuerto.  
Gil le dice: «Pues reniego  
De tan singular artista;  
¿Con que allí con buena vista  
Aparezco, y aquí ciego?  
Es una idea excelente  
Y de admirarla no acabo;  
O no te doy un ochavo,  
O me retratas de frente.»  
«En subterfugios sutiles  
¿A qué andar? Es excusado.  
Confieso a usted mi pecado:  
No sé hacer más que perfiles.»  
Lo mismo que este pintor  
Hace el vulgo de los jueces,  
Perjudicando unas veces,  
Y otras haciendo favor.  
Y es absurdo, vive Dios,  
Que, por torpeza o por dolo,  
Nos pinten de un lado solo  
No siendo iguales los dos.

*El perro hambriento y el harto*

Ello no se sabe cómo,  
Un perro de nariz lista  
De una despensa provista  
Robó de cerdo un gran lomo.  
De aquellas tajadas tiernas  
Llenar la tripa vacía  
Pensaba, y se relamía,  
Huyendo rabo entre piernas.  
Cuando en paraje se vio  
Seguro, a su parecer,  
Ansioso empezó a comer;  
Y un amigo que le vio,  
Perro de una solterona,  
Que harto por demás estaba,  
Dormía en cama y pasaba  
La vida más regalona,  
Viendo con qué buena gana  
Cuenta iba a dar de su presa,  
Dijo: «Veo con sorpresa  
Que no piensas en mañana.  
Comes hasta reventar  
Y es bien absurdo, a fe mía,  
Sabiendo que al otro día  
No tienes para almorzar.  
Un poco de sobriedad  
Cual perro avisado ten;  
Mañana te sabrá bien  
Encontrar la otra mitad.»  
«Quien tal absurdo aconseja  
Y en ese tono tan grave  
Respondió el otro no sabe  
Lo que puede el hambre añeja.  
Al que desde la niñez  
La tripa vacía tenga  
No hay cosa que le contenga  
Si puede hartarse una vez.  
Vicio se llame o delito,  
Es más fácil, en verdad,  
Sufrir la necesidad  
Que enfrenar el apetito.»  
«Fuera dijo el regalón  
Insistir tiempo perdido;  
Eres perro envilecido

Digno de tu condición». Diciendo esto se alejó. A poco murió su ama Y ni regalos ni cama, Ni aun qué comer encontró. Tras muchos días hambriento Logró hacer una gran presa, Y dándose a comer priesa Devoróla en un momento. El otro que fue testigo De su gran voracidad, Díjole: «¿Y la sobriedad Que predicabas, amigo?» « ¡Ah! replicó el consejero, Muy necio fuí, bien lo sé, Cuando de males hablé Que yo no sentí primero.» Es tan común como injusto, De un cuitado al ver la pena, «Su conducta no fue buena» Exclamar con ceño adusto. Tú que así airado repruebas, Que acusas con acritud, Dime, ¿tu austera virtud Ha sufrido muchas pruebas? Tú que exiges heroísmo, Que juzgas con tal rigor, ¿Fueras acaso mejor Viéndote en el caso mismo? No condenes con dureza Creyéndole pervertido Al mísero que ha sufrido La desgracia y la pobreza. Y cuando tu fallo des No te olvides de una cosa: Que es la culpa muy dudosa Y que el dolor no lo es. Casi siempre es injusticia La austera severidad, Y la dulce caridad Es casi siempre justicia.

XL

*Los naufragos*

Una venturosa tropa  
De activos aventureros,  
Después de allegar dineros,  
Daba la vuelta hacia Europa.  
Uno con menos vehemencia  
Se afanó por juntar oro,  
Buscando ansioso el tesoro  
Que instrucción se llama y ciencia.  
La extraña resolución  
Reprueban sus camaradas,  
Llamándole a carcajadas  
Por mote, D. Excepción.  
Como en casos semejantes  
Sucederá al que así obre,  
Él volvió instruido y pobre,  
Ellos ricos e ignorantes.  
Dice un presencial testigo  
Que aquella hueste opulenta  
En un buque por su cuenta  
Su haber embarcó consigo.  
Y que a gran proximidad  
Del patrio y querido suelo,  
De nubes se cubre el cielo  
Y ruge la tempestad.  
Las olas embravecidas  
Lanzan la nave a una roca  
Y con fatiga no poca  
Los hombres salvan sus vidas.  
De aquel peligro en presencia  
Dejan todo su tesoro  
Los que eran ricos en oro;  
Nada el que era rico en ciencia.  
Este encuéntrase al momento  
Medios de vivir honrosos;  
Ellos por los vergonzosos  
Hallan apenas sustento.  
En época depravada  
Por el culto del metal,  
Presentar ejemplo tal  
Se juzgará inocentada.  
Pero en época ninguna  
Es razón cifrar el bien  
En lo que el menor vaivén  
Arrastra de la fortuna.  
Y el que de ello está en edad

Formar procure en sí mismo  
Un tesoro que al abismo  
No lance la tempestad.

## XLI

### *Los dos perros*

Dos perros, uno sapiente  
Y otro que nada sabía,  
Estaban hablando un día  
De su vida diferente.  
«La mía dijo el primero  
Está llena de delicias,  
Hácenme todos caricias,  
Como bien y cuanto quiero.»  
«Pues yo exclamaba el segundo  
Hambriento y apaleado,  
Soy el más desventurado  
Perro que existe en el mundo.»  
«Mi amo el sapiente añadió  
Bien puede enseñarte a ti;  
Si aprendes como aprendí  
Estarás como estoy yo.  
Trabajando con afán,  
Te instruirías de contado,  
Y cuando estés educado,  
Vivirás como un sultán.»  
¡Yo, educarme! ¡Qué ocurrencia!  
En vano, amigo, te empeñas.  
Bailar... Entender por señas...  
¡Pues ya es menester paciencia!»  
«Entonces, ¿por qué te quejas  
Si, por vivir en holganza,  
La más risueña esperanza  
Indolente y necio dejas?»  
Como el perro observo yo  
Que todos quieren tener  
Las ventajas del saber,  
Pero su trabajo, no.

## XLII

### *La rosa y la espina*

Fresca, olorosa, lozana,  
De tentarle muy capaz,  
Cogió una rosa un rapaz  
De mayo cierta mañana.  
El triste no imaginó  
Que, en objeto así precioso,  
Nada hubiera de dañoso,  
Y una espina se clavó.  
«Padre, ¿a qué tanta belleza?  
Si hace daño, ¿a qué ese olor?»  
«Hijo, el placer y el dolor  
Mezcló la naturaleza.  
Misterio, en verdad, profundo,  
Pero, como en el rosal,  
Mezclados el bien y el mal  
Has de encontrar en el mundo.»

### XLIII

#### *La parcialidad*

Por los relieves de un plato,  
Resto de una gran merienda,  
Armaron brava contienda  
Un perro chico y un gato.  
El perro anterioridad  
Alega de posesión,  
Y alegaba con razón,  
Que era la pura verdad.  
Pero no habiendo testigo  
Que en su apoyo depusiera,  
Agríase más la quimera.  
Y llega un nuevo enemigo.  
Este ignora la cuestión  
Causa de tanto furor,  
Mas del compadre en favor  
Falla sin apelación.  
El perro cuando esto oyó  
Dijo: «Son dos y yo uno,  
Alejarme es oportuno.»  
Y a fuer de prudente huyó.  
Entonces el gato juez,  
Muy grave, punto por punto  
Enteróse del asunto,

¡Y era buen tiempo, pardiez!  
Muchas veces con pasión  
Lo propio el hombre ejecuta,  
Atendiendo a quién disputa  
Y no a quien tiene razón.

#### XLIV

*El oso acusado por el buey y defendido por el lobo*

Dio en ser carnívoro un oso  
Y tanto daño causó  
Que en breve se le formó  
Un proceso ruidoso.  
Fijó en breve el tribunal  
Para ver su causa día;  
Un lobo le defendía  
Y era un manso buey fiscal.  
Siendo de entrambos notorio  
El carácter y el instinto,  
Hablar en tono distinto  
Oye absorto el auditorio.  
Trata el lobo de piedad,  
De compasión, de ternura,  
Y cuánto es sublime y pura  
La dulce fraternidad.  
Y cómo debe obtener  
Clemencia su defendido,  
Aunque un momento en olvido  
Haya puesto su deber.  
El buey habla de castigo,  
De justicia y escarmiento:  
Fin merecido y sangriento  
Pide para su enemigo.  
Al que osó de aquella suerte  
Hollar la ley natural  
Haciendo a su raza mal  
Es poco darle la muerte.  
Había en la concurrencia  
Oyendo el célebre juicio  
Un cachorrillo novicio,  
Sin mundo y sin experiencia,  
Que a defensor y fiscal  
Oyendo hablar, el muy bobo  
Creyó que era manso el lobo

Y el buey un fiero animal.  
«Con tus juicios más cuidado,  
Díjole su madre ten,  
Que suele serlo también  
El que defiende a un malvado».  
Indicio es, y muy fatal,  
Encontrar del mal excusa;  
Quien al malvado no acusa  
No aborrece mucho el mal.  
En vez de esa compasión  
Del crimen en la presencia,  
El bueno por excelencia  
Ira siente, indignación.  
Es del malo el egoísmo  
Quien le impele a ser clemente  
Con el crimen, porque siente  
Que se defiende a si mismo.  
Esa gran facilidad  
Que absuelve el crimen ajeno  
Bondad indica en el bueno,  
Y en el perverso maldad.

XLV

*El artista y el artesano*

Murió, yo no sé en qué parte,  
Un escultor afamado,  
Muy digno de ser contado  
Entre los genios del arte.  
Vendió al punto el heredero  
Sus estatuas de más precio;  
La más bella compró un necio  
Escultor muy chapucero.  
Y sin que nada le arguya  
Sobre el caso la conciencia,  
Tiene la bella ocurrencia  
De hacerla pasar por suya.  
«Falta el ropaje y un pie;  
Pues bien, lo hago en un momento,  
Como propia la presento,  
(Dice) y fama ganaré.»  
El robador, dicho y hecho,  
(Aprisa, que el tiempo apremia)  
Vístela, y en la Academia

La presenta satisfecho.  
Ábrese la exposición,  
Pasan los indiferentes;  
Mas de los inteligentes  
Fija al punto la atención.  
«Que es obra, dicen, se ve  
De un artista de talento.  
Fuera en verdad un portento  
Pero ese traje... ese pie...»  
Y era así, que el personaje,  
Destello de un genio audaz,  
Raro y grotesco disfraz  
Tenía, en vez de ropaje.  
Llegó el día señalado,  
Vase, en fin, el premio a dar,  
Mas su fallo al pronunciar  
Duda el imparcial jurado.  
«¡Bella estatua! ¡Obra maestra!  
Dicen; no tiene rival;  
Pero ese traje fatal  
Grande estupidez demuestra.»  
De los jueces un señor  
Que sin duda nació juez  
Les dijo: «Por esta vez  
Llamemos aquí al autor.  
Vuestra noble probidad  
Trate, como a ello se inclina,  
No de seguir la rutina  
Sino de hallar la verdad.»  
Tiene por justo el motivo  
La artística reunión,  
Y de la estatua en cuestión  
Viene el padre putativo.  
El juez que le hizo llamar,  
Después de observarle bien,  
Con mal oculto desdén  
Empiézale a interrogar.  
«De esta estatua (hablad aquí  
De la verdad el lenguaje),  
¿Hicisteis vos el ropaje?»  
Y el hombre afirma que sí.  
«Entonces, andad con Dios;  
El que tal obra ha esculpido  
Y el autor de ese vestido  
Por fuerza deben ser dos.  
De artesanos en el gremio

Tal vez podréis conseguir  
Dinero con qué vivir,  
Mas no del artista el premio.»  
Hombre vano que te empleas  
En pescar acá y allá  
Al que viene y al que va  
Las más notables ideas,  
Mira que es tiempo perdido,  
Su alcance el necio no siente  
Y apercíbese el prudente  
Que es sólo tuyo el vestido.

## XLVI

### *Las dos raposas*

Iban, a fuer de hambrientas, cavilosas  
Con alguna inquietud y más galvana,  
De julio caluroso una mañana,  
Muy cerca de una aldea dos raposas.  
Tenía la una de ellas brava traza,  
Equívocas maneras y gazmoñas;  
Pero entrambas a dos eran bisoñas  
En el arte difícil de la caza.  
Llegan a una pradera que vecina  
Está de cierta mísera aldehuela,  
Párase la más diestra con cautela  
Atisbando muy gorda una gallina.  
El pájaro doméstico hacia casa  
Iba, y paróse con visible pasmo,  
Admiración profunda y entusiasmo  
Al contemplar una perdiz que pasa.  
«¡Ave le dice, que con raudo vuelo  
Atraviesas de nubes el celaje,  
De admiración recibe el homenaje  
Que extasiada te envía desde el suelo...!»  
Entonces la raposa inteligente:  
«Acometamos dice este avechucho.»  
«Vásenos a escapar, volará mucho.»  
«Apostara a que no mi mejor diente.»  
¿Sábeslo tú?» «¡Por vida del dios Baco!  
¿Pues qué? Si ella volara con destreza  
¿Por ventura elogiara la torpeza  
Con que se mueve esotro pajarraco?»  
Bien discurren a veces las raposas;

Sabe, si genios en buscar te afanas,  
Que el hombre a quien admiran las medianas  
Nunca será capaz de grandes cosas.

## XLVII

### *El cálculo*

Jacinto el estudiante ,  
Dispuesto, vivaracho,  
Excelente muchacho,  
Era un poco pedante.  
Un día que a saltar  
Con más afán se esfuerza,  
Ocúrrele la fuerza  
Del salto calcular.  
«Somos muy majaderos,  
Sin regla trabajamos,  
Y así nos fatigamos  
Dijo a sus compañeros.  
Formemos ecuación:  
Y, fuerza; E, distancia;  
Todo desde la infancia  
Debe hacerse en razón.  
Mas los otros rapaces,  
Menos adelantados,  
Cálculos complicados  
De hacer no eran capaces.  
Y prosiguen saltando  
Con la mayor destreza,  
Sin gastar la cabeza  
Sus fuerzas calculando.  
Busca papel y pluma  
El mozo y, con gran flema,  
El propuesto problema  
Da por resuelto en suma.  
«¡La ciencia cómo eleva!,  
Dice ¡oh, cuánto fecunda!»  
Y una zanja profunda  
Saltar quiere por prueba;  
Al cálculo sujeta  
Su esfuerzo, pero ¡zas!,  
Cae, y a poco más  
Llévasele pateta.  
Dio tan fuerte porrazo

Que por muy bien librado  
Se tuvo el desdichado  
Con dislocarse un brazo.  
En esto una lección  
Nos da el pobre Jacinto:  
Nunca lo que es de instinto  
Pidás a la razón.

## XLVIII

### *El párroco y sus feligreses*

Un pueblo que, según dice la historia,  
Se halla en el interior de Andalucía  
Padeció, como de otra no hay memoria,  
Una horrible sequía.  
Consternada la gente  
Mira el campo asolado,  
Y si el agua no acude de contado  
La mejor finca de aquel pingüe suelo  
No dará la simiente.  
Los ojos vuelven todos hacia el cielo,  
Imploran con fervor y piedad mucha  
Remedio breve a tan acerbos males;  
Mas el cielo no escucha  
Por razones que ignoran los mortales.  
Viendo que inútilmente  
Su piedad imploraban,  
Impíos los más de ellos blasfemaban  
Con boca maldiciente.  
Era el cura del pueblo un virtuoso  
Varón, modesto y grave,  
Y oyendo aquel lenguaje escandaloso,  
Por más que del deber hollen los fueros,  
Dice con voz suave  
A sus mal resignados feligreses:  
«Una declaración tengo que haceros.  
Hoy cesan de la suerte los reveses:  
A mí, aunque pecador flaco e indigno,  
El piadoso cielo  
De esta revelación me creyó digno.  
Su cólera justísima depone,  
Y para enviar al abrasado suelo  
La lluvia deseada  
Que cada cual implora,

Sola una condición sencilla impone:  
Que unánime dé el pueblo y libre voto  
Por el cual determine claramente,  
De empezar a llover, el día y hora;  
Si así no fuere, ¡el pacto queda roto!»  
Cuando ésto oyó la gente  
Cada cual a votar se precipita;  
Uno quiere que llueva enseguidita,  
Otro que el sol se vele con celaje,  
Porque tiene que hacer cierto viaje  
Que le importa muy más que la cosecha,  
Votando así que el día  
Siguiente ha de llover de su regreso.  
«¡No!, le grita muy poco satisfecha  
Una moza; pardiez, no ha de ser eso;  
Precisamente estoy de romería.»  
Otro yerba segada  
Tiene, y le haría el agua grave daño  
Hasta verla encerrada.  
Otro el agua no quiere en aquel año  
Porque no es cosechero,  
Sino tratante en granos  
Cuya abundancia atasca su granero.  
Y otros, en fin, con mil pretextos vanos,  
Por no hacer el relato más prolijo,  
Tantas dificultades opusieron  
Que de acuerdo común no consiguieron  
Señalar a la lluvia día fijo.  
Dios no escuchó la charla inoportuna  
Y el agua les mandó por su fortuna.  
Entonces el buen cura así les dijo:  
«¡Oh juicios de los hombres, juicios vanos!  
¡Oh desdichada suerte!  
Si la pusiera Dios en vuestras manos  
Fuera vida infeliz y triste muerte.  
Limitada razón y vana ciencia,  
¿Por qué acusas impía  
La dulce Providencia  
Diciendo: «En su lugar mejor sería...?»  
Sella ya el labio inmundo,  
Que si Dios un momento  
Su dirección fiase a tu talento,  
Nuevo caos tornara a ser el mundo.»

## La corza y la raposa

Tras una larga camorra  
Con mastines y sabuesos,  
Molidas hasta los huesos  
Una corza y una zorra,  
Y a la débil claridad  
Que despedía la Luna,  
De su precaria fortuna  
Hablaban con gravedad.  
«¡Ah! decía la raposa,  
Si yo a la naturaleza  
Debiera tu ligereza,  
Fuera mi suerte otra cosa.  
Ciertamente no imagino  
Por qué utilizas tan mal  
Ese poder especial  
Dando carreras sin tino.»  
«¿Sin tino? ¿Por esos cerros  
Hacer puedo más que huir  
Si de cerca oigo latir  
A los maldecidos perros?  
Pues llévame pateta  
Si, en vez de correr ligera,  
A pensar me entretuviera...»  
«No digo que te estés quieta.»  
«Pues entonces ¿qué dirás?»  
«Que si salvarte pretendes  
Cuando la carrera emprendes,  
Mires bien a dónde vas.  
¡Correr, correr, más correr,  
Y por un instinto ciego,  
A veces, al mismo fuego  
De que has huido volver,  
Y sin tino ni medida  
Tu mucha fuerza emplear  
Para venir a parar  
Donde has sido perseguida!  
¡Hacer de tu perdición  
Instrumento lastimoso  
Ese medio poderoso  
Que tienes de salvación!  
Así, ¡voto a Belcebú!,  
Murió tu padre y tu abuelo,  
Y en verdad mucho recelo

Que así habrás de morir tú.»  
Tome para su conciencia  
Esta lección cada cual,  
Que no ha de venirle mal  
Aunque presuma de ciencia:  
Cualquier persona de juicio  
En todo evento posible,  
Porque sabe que es temible,  
Está en guardia contra el vicio.  
Pero aquellas de más seso,  
Las de grandes cualidades,  
De sus buenas facultades  
No temen nunca el exceso.  
Resultando, en conclusión,  
Ser grave causa de mal  
Lo que de bien manantial  
Fuera sujeto a razón.  
Juzgue a la dicha nocivo  
Cualquiera que no esté loco,  
Lo malo, ya mucho o poco,  
Lo bueno, si es excesivo.

L

*Los dos herradores*

Yo conocí un mariscal,  
Vulgo albéitar o herrador,  
Sempiterno clavador  
De todo pobre animal.  
Lo parece, mas no es cuento:  
Tan buena maña se daba  
Que los caballos clavaba  
Noventa y nueve de ciento.  
Era antiguo en el lugar,  
Y había en la vecindad  
Un mozo de habilidad  
Que acababa de llegar.  
Pasaron dos viajeros  
Cuyas dos cabalgaduras  
Venían sin herraduras  
En los remos delanteros.  
Infórmanse de un vecino  
Que les da cuenta cabal  
Del antiguo mariscal,

Y del que hace poco vino.  
«El viejo es malo en verdad,  
El otro no se ha estrenado;  
Varios me han asegurado  
Que es mozo de habilidad.»  
«Con él voy dijo Perico,  
Que siendo el otro tan lerdo  
En probar ¿qué diablos pierdo?  
¿Tú qué piensas hacer, chico?»  
«Lo que es razón he de hacer,  
Andrés replicó atrevido.  
Vale más mal conocido  
Que bueno por conocer.»  
Y diciendo esta sandez  
Vase al viejo sin demora;  
Al cabo de media hora  
Pónense en marcha otra vez.  
Vuela de Perico el jaco,  
A poco, dícele Andrés:  
«Esta cojea, ¿no ves?»  
«Sí, por vida del Dios Baco.»  
Y era tan urgente el caso  
Que, antes de andar media legua,  
Clavada la pobre yegua  
No podía dar un paso.  
«Me alegre, por San Beltrán,  
Exclamó Pedro con risa  
Vete ahora, si tienes prisa,  
Caballero en tu refrán.  
Cuando el refrán es prudente  
Yo como nadie lo aprecio,  
Mas de los que están en necio  
Me río bonitamente.  
Y creo razón tener  
Cuando siempre he preferido  
A lo malo conocido  
Lo bueno por conocer.»